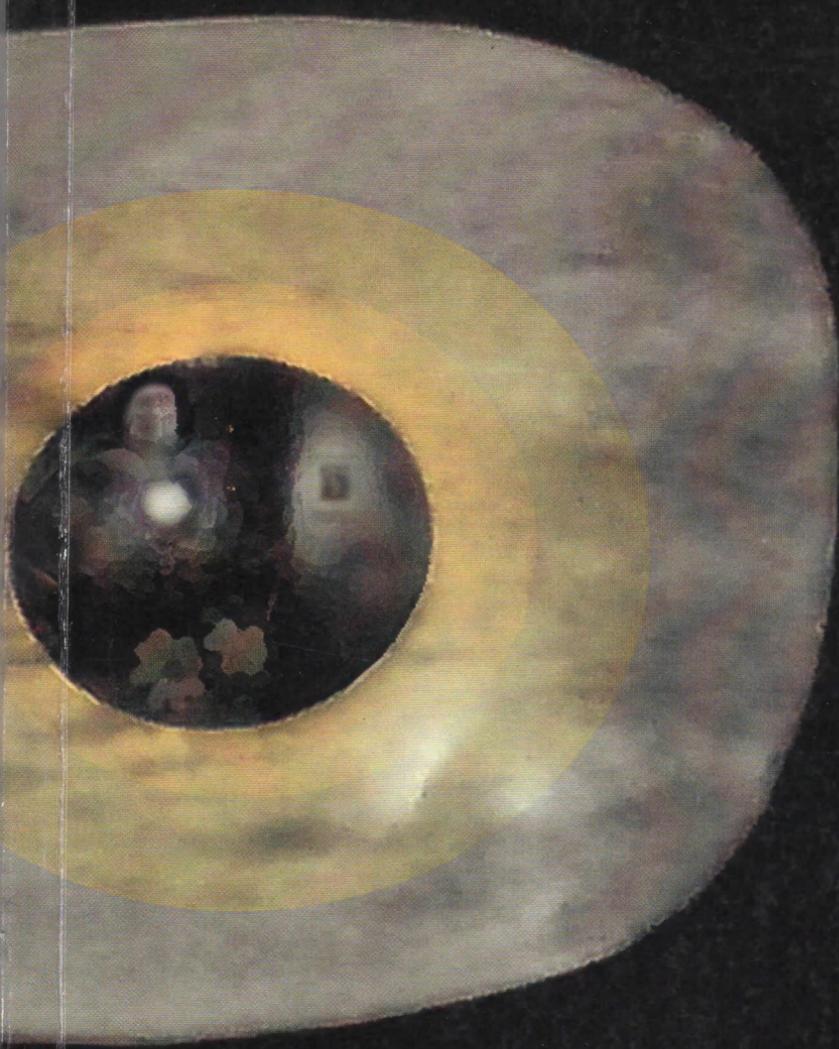


17mo Concurso de Cuentos

Radio Santa María

Ganadores 2010



17mo Concurso de Cuentos

Radio Santa María

Ganadores 2010

17mo Concurso de Cuentos
Radio Santa María



17mo Concurso de Cuentos

Radio Santa María

Caudigolos 2010

Primera edición, septiembre de 2010
17º Concurso de Cuentos de
Radio Santa María: Cuentos ganadores

Diseño, cuidado de edición, corrección de
originales y pruebas :
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño de portada:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA.

Ilustraciones interiores y portada:
ARQ. ALFONSO KHOURY

Impreso en Santo Domingo.
República Dominicana.

Es propiedad de Radio Santa María.

Indice

Pág.

A manera de introducción 7

Cuentos Premiados

Primer Premio: 13

Caso No. 144
de Moisés Muñiz

Segundo Premio: 21

Impulsos
de Ramón Gil

Tercer Premio: 27

Mary
de Danilo Rodríguez

Cuarto Premio: 33

El sicario
de Moisés Santana Castro

Menciones de Honor

Primera Mención: 44

Ocaso de una risa rota
de Carlos Sosa Ovalles

Segunda Mención: 54

El desafío
de Félix Jerónimo Beltré

Tercera Mención: ----- 72
Esmeraldas
de Pastora Hernández

Anexos

Sobre los ganadores -----	79
Acta única -----	83
Palabras de agradecimiento -----	85

A manera de introducción

Muy buenas tardes. Radio Santa María dio apertura a la presente versión del Concurso de Cuentos –la decimoséptima– en noviembre de 2009. En ese entonces, tuvimos la oportunidad de hacerlo desde el Centro León, ese hermoso espacio que el Grupo León Jimenes ha dedicado al arte en Santiago. Hoy nos reencontramos aquí, en este familiar salón de actos de la cooperativa Vega Real, para dar a conocer los cuentos que han resultado premiados en este concurso y los nombres de los autores y autoras.

Queremos pedir excusas, a los escritores y escritoras participantes y a Uds. amigos y amigas presentes, por llevar a cabo esta premiación tan tardíamente. El jurado se congregó diligentemente el pasado mes de marzo y escogió a unanimidad los cuentos ganadores, como de costumbre, ya que no es un jurado conflictivo ni polémico, con una gran convergencia en sus apreciaciones literarias y expertos en el arte de consensuar. De modo que el jurado realizó su trabajo a tiempo. Sin embargo, este acto de premiación se ha demorado hasta este mes de mayo por dificultades de salud de un servidor, que felizmente he podido superar, recu-

perando esa dimensión física tan importante para todo *homo sapiens*, la verticalidad. Gracias por su paciencia.

Este acto de premiación se realiza en estos momentos en que en la capital del país se celebra la Feria del Libro, un evento que concita la atención de escritores y escritoras y casas editoriales. También por el Premio Nacional Feria del Libro Eduardo León Jimenes 2010, al que cada vez concurren más y más obras dominicanas. Radio Santa María, a través del Concurso de Cuentos, quiere asociarse a esa corriente de amor por las letras y la lectura que recorre al país en estos momentos con motivo de la Feria del Libro.

En esta decimoséptima versión, el Concurso de Cuentos constata un incremento en el número de autores y autoras que participan y en el número de obras presentadas. Este año han concursado 119 escritores y escritoras, 12 más que en el concurso pasado, con 226 cuentos, es decir, 29 narraciones más. El jurado ha tenido que sudar más, pero con el consuelo de ver que hay más interés por escribir. Los hombres aún conforman la mayoría de los autores: 73. Las mujeres, 46, disminuyeron en algo su participación puesto que el año pasado fue de 50. Geográficamente, Santo Domingo aún concentra el mayor número de participantes: 36 capitaleños se apuraron por escribir y enviar sus obras. Santiago, con 27 autores, aumentó ligeramente su participación. Y La Vega, con 25, se hizo representar en este concurso con 10 autores más que en el concurso pasado. La Vega no está por perder el atributo de culta y se aplica a

consolidarlo. Concurrieron también autores de otras regiones: del Sur, como San Cristóbal, del Este, del Noroeste y dos del extranjero. En conjunto, los escritores y escritoras del Cibao representan el 62% de cuantos se presentaron con sus obras al XVII Concurso de Cuentos. Todos y todas merecen por el esfuerzo realizado nuestro aplauso.

Pero sólo algunos y algunas logran ocupar los primeros lugares. A continuación el jurado nos hará conocer el resultado de sus deliberaciones: cuentos y autores correspondientes a cuatro premios y tres menciones de honor que serán proclamados en unos pocos instantes por el jurado.

Creo que, a pesar de vivir en una cultura de la imagen y de lo instantáneo y fugaz, los dominicanos y dominicanas estamos escribiendo y leyendo más. Que no todo ocurre en la red mundial de Internet. Que la creación literaria sigue produciéndose. Que el espacio en que un lector se enfrasca en un mano a mano con un libro se mantiene y sigue ampliándose. Que la experiencia de reciprocidad que se da entre el acto de escribir, que es narrar, y el leer, que es una manera de escuchar, sigue repitiéndose cada día, como un nuevo acto de creación del mundo, de la vida y del espíritu humano. Esta premiación nos permite ser testigos privilegiados de esto.

Gracias al Grupo León Jimenes por su renovado apoyo a este concurso y al trabajo de quienes escriben. Gracias a

todos Uds., hombres y mujeres de la palabra escrita y cultivadores del cuento. Que su trabajo culmine, a través de la lectura, ese ciclo que va de la interioridad de quien escribe para llegar al corazón del que lee.

Muchas gracias.

P. Eduardo García Tamayo, SJ

Director General de Radio Santa María

6 de mayo, 2010.

Cuentos Premiados





Primer Premio

Caso No. 144

Seudónimo: Aicrag Zeugram

Autor: Moisés Muñiz

- ¿En qué podemos servirle?, le preguntó el policía de turno.

Ella lo miró temblando, tratando de disimular su nerviosismo y le contestó trémula:

- Quiero hacer una denuncia.

- No hay problema, le respondió el escribiente mecánicamente, con este tono de revólver treinta y ocho enmohecido que ha perdido la cuenta de cuántos ha matado y no repara en quien lo mira.

- Estamos aquí en la policía, para servirle... y mucho más a mujeres lindas como usted. Ella vaciló y casi se marcha pero se envalentonó y, devolviendo la mirada desafiante del policía, dijo:

- Si, pero yo quiero que sea otro quien me atienda, por favor.

- Bueeno, ahí sí me la puso difícil, yo creo que usted se equivocó de institución. Esto no es hotel, esto es un cuartel de la policía y el único que puede tomarle la denuncia soy yo.

- Yo quiero hablar con el jefe de usted —repicó ella mostrando determinación pero sintiendo cómo se resquebrajaba su fina coraza de cristal.

- El comandante, quiere usted decir; él está en su hora de almuerzo.

- Pero son las cuatro de la tarde.

- Ah, es que el comandante es un hombre muy ocupado y come a deshoras.

- Buenos días, señora. ¿Qué es lo que pasa, sargento?

-Sí, señor, respetuosamente, señor... es que... mire, teniente, la señora vino a poner una denuncia pero, quiere que la atienda otro y yo le dije que esto no es un hotel, que....

- Sargento Ramírez, usted sabe que estamos para servir, vágame a buscar un café a la esquina que yo la atiendo, y que venga caliente...

- Respetuosamente, señor, usted sabe que soy responsable de lo que se escriba en ese cuaderno, todavía no ha llegado el otro escribiente y...

- Le estoy diciendo que me busque un café que yo atiendo a la señora. ¿Necesita que le diga algo más o quiere que hable con el coronel para esta pendejá?

- No señor, lo que usted diga, señor, ahora mismo le traigo el café (*coño siempre le he caido mal a este teniente hijo de puta... pero así son estos santurrones de la mierda, nunca entran en 'ná, como si el sueldito este diera pa'algo.*) -Y mientras se marchaba descargó la mirada de revólver en los ojos de la mujer, como quien dice, nos vemos ahorita.

- Vamos a ver, señora, ¿cuál es su nombre?

11 de noviembre del 2009, la señora Urania Castellanos, cédula 001-03457685-9, reside en el sector de la zona universitaria, calle Doctor Piñeyro No. 16, apartamento 3-B, se presentó a este destacamento para poner la siguiente denuncia. Según ella, a las siete de la noche, iba caminando por la calle Félix María del Monte, desde el centro de la cultura, de ver una exposición colectiva de pintura e iba caminando hacia la Bolívar para coger un carro público que la lleva a su casa. Según la señora Castellanos iba pensando en los cuadros de la exposición y en particular de uno de ellos que se diferenciaba de los demás por ser el único retrasto de la exposición. Además le llamó la atención porque aunque era un retrasto este no tenía cara...

- Señora., excúseme, yo sé que está nerviosa, pero tiene que narrar sólo los hechos. Para tomarle la denuncia tiene que contarme los hechos ocurridos.

- Pero eso es lo que estoy haciendo; siga escribiendo para que entienda lo que pasó.

- Bueno. Siga entonces.

Iba ella pensando en las muchas caras que podía tener la pintura, en que definitivamente era un retrasto femenino, en el que podía ser tanto de una mujer joven como el de una mujer de edad, o el de una niña, que incluso podía ser el retrasto de ella misma. Mientras iba caminando, dice ella, pensó que el retrasto podía ser el retrasto de su madre, o el de su abuela, o incluso el de su hija y no se sabía pero sentía esto, porque podía ver el rostro de una mujer en este retrasto sin cara, y pensó que el artista estaba pintando a todas las mujeres, a todas las mujeres del país, del mundo, incluso a la parte femenina de él mismo (porque el pintor era un hombre) y le pareció un cuadro increíble...

- Señora, perdóneme pero tiene que ser más precisa, esto no es un cuento de Juan Bo, es una denuncia policiaca.

- Bueno y qué usted quiere, todo esto es parte de lo que pasó. Pero siga escribiendo que ahora es que viene lo bueno.

Después de caminar un par de cuadras pensando incansablemente en el retrasto de aquella mujer de innumerables rostros, percibió la presencia de alguien detrás de ella. Cuando miró hacia atrás no vio a nadie. Entonces se dio cuenta de que era casi de noche y que estaba caminando sola en medio de un lugar desconocido. Y según ella, se sin-

tió sola. Quiso estar acompañada de los muchos rostros conocidos que estaban plasmados en aquel retrasto sin cara pero, por más esfuerzo que hizo para traerlos a su mente, no aparecieron. Entonces, según la señora Castellanos, se sintió más sola que nunca. La señora Castellanos siguió caminando hacia la mencionada calle y entonces escuchó unos pasos detrás de ella. Ella se viró para ver si se veía a alguien pero no vio a nadie, solo escuchaba los pasos. Dice ella que aceleró el paso y que de la misma manera, los pasos que la seguían aceleraron el ritmo. Dobló una esquina para ver lo que ocurría y dice ella que los pasos desaparecieron. Pensó de nuevo en el retrasto y se le antojó que el pintor la había pintado a ella, pero cómo si ni siquiera la conocía. Los pasos aparecieron de nuevo y ahora parecían estar más cerca. Ella se viró y pudo distinguir una silueta entre los difuminados claroscuros de las jabillas que insistían en cubrir la luna nueva. Ahora estaba segura de que alguien la seguía. El cuadro se le esfumó de la mente. Ella aceleró. Los pasos parecían estar justo detrás de ella casi tocando sus talones pero cuando miró hacia atrás, dice ella, que inexplicablemente vio la misma silueta a la misma distancia, como si no hubiera avanzado. Quizás es mi mente, pensó. La señora Castellanos sentía que algo iba a suceder y que estaba más sola que nunca y comenzó a correr, pero casi no avanzaba; dice ella que era como en un sueño, ella se quedaba sembrada en el mismo lugar mientras el perseguidor se acercaba cada vez más rápido...

- Señora, lo mismo otra vez. O me narra solo los hechos o no sigo escribiendo.

- Está bien, está bien.

Y dice ella que antes de llegar a la mencionada calle, en una zona donde los árboles cubren casi por completo la penumbra de la noche, la silueta desapareció de nuevo. Cuando volvió la vista hacia delante, aliviada porque el sospechoso había desaparecido, sintió un jalón grandísimo que la tumbó al suelo. Cuando se repuso de la caída vio a un hombre que corría en la dirección de la misma calle mencionada con su cartera en la mano. Intentó caerle atrás pero el hombre corría mucho y no pudo alcanzarlo. Lo único que pudo ver del sospechoso era que era blanco, como esos jabaos de Constanza, con pelo corto y que llevaba una camisa amarilla. Se levantó todavía media confusa y siguió caminando sin rumbo; recordó que había un destacamento cerca (que era éste) y decidió poner la denuncia.

- ¿Y qué más, señora Castellanos?

Seguí caminando por la Bolívar pensando en mil cosas a la vez: en el dolor que tenía en el brazo derecho, en que no tenía dinero para regresar a mi casa, aunque por suerte tenía poco efectivo en la cartera, en que tenía que llamar cuanto antes para cancelar la tarjeta de crédito, en los documentos, la cédula nueva, el carnet del seguro... ¡la libreta de ahorros! Tenía que llamar al banco para avisar lo del robo, la foto de mi hijo, el rímel que acababa de comprar, en el jaba de la camisa amarilla, que aunque no le había visto la cara sentía que podía identificarlo. Estaba pensando en todo esto y me volvió a la mente el retrato de la exposición y todas las mujeres que había en esa cara sin cara.

...Y dice ella que el retrasto volvió a aparecer en su mente, y que por primera vez veía un rostro en él: era el de ella. Siguió caminando rumbo al mencionado destacamento para poner la denuncia. Entró por la puerta todavía un poco mareada por la violencia con que el ladrón la jaló o quizás por la impresión, ella no sabe y cuando se dirigió al escribiente que estaba de turno, vio que era un jabao con camisa amarilla...



Segundo Premio
Impulsos

*Seudónimo: Platero
Autor: Ramón Gil*

Al fin llegaste. Aparcas el carro lo mejor que puedes antes de que los nervios se apoderen de ti y te derrumbes. Tu esposa debe estar preparando la cena y esperándote. Estás en lo cierto porque al entrar una voz te pregunta desde la cocina que cómo te fue. Le contestas que bien con un hilo de voz y te vas al baño. Cierras la puerta con seguro y empiezas a llorar.

Es increíble las cosas que pueden suceder en apenas unas horas. A las dos te encontrabas jugando billar con tu mejor amigo. Cada uno habló de los niños, de las dificultades y de las clases en la escuela. Él te habló de las ojerizas del nuevo director y tú presumiste de la muchachita de quince que no te dejaba en paz y te provocaba comiendo chupi-chups o abriéndote las piernas. Él te preguntó por qué no la llevas a la dirección, mientras metías el ocho en la boca correspondiente y te ganaba la tercera mano. Tú le dijiste que no valía y que era apenas una niña. “Una puta”. Te corrigió él y pidió la segunda de lo que serían cinco cervezas. Estuvimos jugando hasta las cuatro cuando él decidió marcharse y tú saliste sin rumbo. Te sentías mareado, pero se te quedó en la memoria la conversación que habían sostenido.

- “Si yo fuera tú, le daría una lección” –te dijo, pero tú no entendiste.

- “Esa lo que está buscando es que se lo metan”, te aclaró.

Te reíste de su vulgaridad y te defendiste con que era menor y además tu estudiante. Él sonrió amargado y por último te dijo que hicieras lo que te pareciera y fue cuando se despidió de ti alegando que era tarde y que debía regresar.

Te marchaste en el carro sin rumbo fijo. Esperabas estar con tu amigo hasta las siete y de repente te encontraste con que te sobran tres horas y que no tenías ni la más mínima idea de qué hacer con ese tiempo.

Te fuiste al parque a comer un helado y a ver las palomas de la catedral. Después de una hora decidiste que ya podías regresar a casa. Entonces la viste. Venía acompañada de unas amiguitas. Sentiste un pálpito extraño en el corazón y recordaste las palabras de tu amigo. Ella sonrió al verte, se te acercó y te abrazó como si fueras su novio. Tú la apartaste con delicadeza.

-“Es mi profe”, te presentó. Sus amigas te saludaron con un apretón de manos cada una.

-¿Qué haces tan lejos de tu casa?, le preguntaste. Ella hizo una señal coquetita con la mano indicando que solo estaba paseando. Cuando te despediste te preguntó que en qué dirección ibas y cuando le explicaste, te pidió que la lle-

varas. No pusiste objeción porque pensaste que sus amiguitas irían también; pero te quedaste de una pieza cuando se despidió y se montó sola.

-“Ahora lo tengo para mi solita”, bromeó ella, mirándote a los ojos, y sin saber por qué esta frase te excitó. Encendiste y arrancaste. Entonces hablaste sinceramente con ella: “Eres una niña”, le dijiste. Ella se sonrió y en un gesto surrealista se levantó del asiento y afincando los pies contra el carro se columpió y con ambas manos se quitó las pantaletas.

¿Qué estás haciendo?, le preguntaste atónito. Ella las levantó a la altura de su rostro y sonriendo te dijo que sólo quería demostrarte que no era ninguna niña. Apoyó la espalda contra la puerta del carro y poniéndose frente a ti, abrió las piernas.

Frenaste y le dijiste loca, pero tu excitación estaba aumentando a niveles insoportables.

-“Te bajas aquí mismo”, le ordenaste y fue cuando ella empezó a llorar. Viste entonces que era más pequeña e indefensa de lo que te habías imaginado. Quizás fue tu primer error porque entonces empezaste a tenerle pena, por sus lágrimas y por su fragilidad.

Te dejaste abrazar y sentiste sus senos contra tus costillas y sus brazos alrededor tuyo te transmitieron una ternura que nunca habías conocido. Decidiste llevarla a un motel y darle un abrazo y único beso. Se lo dijiste y ella estuvo de acuerdo.

Cuando bajaste la puerta de metal, ella sonrió y se acercó. La tomaste de la mano y comenzaste a besarla. Ella te tocó y con sus manos giró las tuyas hasta sus senos. Tú te resististe, pero fue inútil porque llegaste al punto en que no te importó nada y cuando volviste en ti, le susurrabas todo tipo de palabras dulces al oído. Despúes, la dejaste cerca de su casa y regresaste a la tuya.

Aún estabas llorando cuando tu mujer tocó la puerta y te preguntó si todo estaba bien. Sí, le respondiste. Ella te pidió que te apuraras porque la cena ya estaba lista. Entonces le dijiste que ya ibas; pero en realidad no sabías qué hacer ni quéería de tu vida de hoy en adelante.



Tercer premio

Mary

Seudónimo: El Perro Andaluz

Autor: Danilo Rodríguez

Mary estaba en el sopor. Mary dice que estaba en el sopor. Yo le creo. La abrazo. No ha entendido nada; pero con las palabras a medio decir, con las lágrimas que tiene en los ojos, me va diciendo las cosas. Más tartamuda que gente. Más niña llorando que mujer. Mary siente miedo, está que no sale del sueño, como si fuera a morir. Cree que sigue sola. Que sigue en el sueño y sola.

Yo estaba fuera, en el comedor. No pude oír sus gritos, porque ella estaba dentro, en su sueño, en el sopor que era su sueño. O tal vez dentro del cuarto donde dormía tranquila, feliz de saber que me había dejado afuera y que dormía tranquila. Sólo ahora que estoy aquí, escuchándola, me doy cuenta que no, que estuvo siempre adentro, en el sueño, queriendo salir; que apenas va saliendo de él, dejando a su paso, irrigando entre aquel lado y este, el líquido de la bolsa uterina que la envolvía. El estado de estar dentro y fuera, allá y aquí, con los pies y las manos toda la mitad del cuerpo divididos. Así está Mary, con la boca temblorosa y con sabor a margaritas muertas en la boca. Eso dice.

Pero yo le digo; no importa, ya no importa, estás aquí y estás conmigo, y estás a salvo. Ella no lo entiende, cree ver enfrente suyo, al grupo de demonios vestidos de negro hasta los ojos. Tiene el miedo aún calado en la mirada y tiene unas lágrimas que no son de aquí, sino de dentro, del sitio en donde acaba de estar, de su habitación más profunda. Las lágrimas se las provocaron los demonios, más negros que el sueño, cuando le agarraban los pies y le escupían risotadas en la cara. Mary está aún allá, y ya está aquí, estás bien, mi amor, tranquila. Estás bien.

Mary dice que su grito rompía la noche cuando me llamaba a voces. Yo no la escuchaba; estaba en el comedor, leía y fumaba pero no la oía. Su grito rasgaba la noche, como cuando tomas una foto y la rajas por el medio, dice. Mary dice que tenía el grito aún en la cabeza y me lo va diciendo todo, con las lágrimas tan verdaderas, que no logro distinguir si está aún de aquel lado o si ya ha vuelto. Mary me lo va diciendo todo con las manos que le temblaban. Yo le he dicho que es solo una pesadilla, es solo un sueño, mi amor. Pero no me oye, o por lo menos no me entiende, por que sigue igual, temblorosa, con la voz entrecortada y ahuyentando a los demonios negros que hasta el cogote la agarran por los pies y se la llevan para siempre del cuarto, del sueño en el que está; alejándola de mí, sacándola a pura fuerza del cuarto, arrastrándola, mientras ella patalea y da gritos.

Pero yo no puedo oírla, estoy todavía tan lejos, en el comedor, que no puedo oírla. Mary me dice que está desesperada. Tiene las manos temblorosas y una laguna de babas en

los labios, y miles de lágrimas que caen sobre la sábana con que tiene cubiertos los muslos que le agarraban con sorna los demonios. La tibia habitación la sofoca, hace más grande su sueño, la estrella contra la realidad a la que ha vuelto, a la misma que no puede volver, de la que no acaba de salir aún.

Los demonios negros, horribles, la han sacado por el pasillo, la han arrastrado por la salita de estar, todo mientras ella ve, entre lágrimas, el humo de mi cigarrillo. Yo estuve sentado en el comedor, sin hacer nada para evitarlo, leyendo, repitiendo en voz alta una frase que me parecía genial, y ella gritando a dos metros míos, sin que yo volteara, sin que yo hiciera nada para salvarla, sin que la oyera, siendo un desgraciado, un maldito cómplice de la malicia de los demonios. Su grito le suena vacío, como un eco que nunca termina de oírse. Sabe que grita, que pide ayuda como una presa desesperada frente a la boca abierta de su verdugo. Pero no logra oírse. Es un grito sordo, que no se escucha de aquel lado, porque no hay éter, me dice, ni materia posible para transportarme la voz. Yo, en cambio, repitiendo una frase genial, inhalando el humo, demoliendo el tiempo, permanecía sentado, sereno. Porque tampoco de este lado me pudiste escuchar. Ella, sin embargo, siempre podía escucharme, porque estoy de este lado, del otro, precisamente. Del que se puede escuchar, del que no la pude escuchar, me dice.

Yo insisto. La abrazo. Le beso el pelo, los ojos, las lagunitas que tiene en la cara. La aprieto con fuerzas. Estoy contigo,

mi amor. Ya todo ha pasado, no hay por qué llorar más. Me la pego del pecho como una piedra y ella se zafa. Sabe que soy malo, que aún tiene la mitad del cuerpo y del alma de aquel lado, que sigo leyendo, y sin hacer caso a sus exasperados gritos y fumando un cigarrillo. Ya los demonios la han sacado forzosamente de la casa. Aunque esté aquí, frente a mí y de este lado, del lado de allá, los demonios la siguen arrastrando escaleras abajo y su grito, su último grito, su último grito, sube por el hueco de las escaleras como un relámpago.

Entonces la escucho al fin. Ha traspasado el umbral de la finísima línea que divide su sueño y la materia, ha roto el espejo que le devolvía su grito, ha ahuyentado a los demonios y ha vuelto a estar sobre la cama, con los pies en su sitio, con la garganta que le pica, con las manos que le tiemblan, diciéndole todo, estando en los dos sitios, escuchándome decir tranquila mi amor y escuchándome repetir una frase genial en voz alta. Todo a la vez. Su grito es tan fuerte que me saca del libro, de la frase genial que repetía, una, dos veces; corro, paso la salita, el corto pasillo y entro en la habitación, a escucharla espantar demonios, a enredarse en las sábanas, a repetir una frase que yo había repetido, a llorar como un dique roto, a temblar, y a decirme que estuve en el sopor, que había estado en el sopor y que no sabía ahora dónde estaba, que tenía media alma y medio cuerpo de aquel lado, que yo era un demonio negro, y que le duele la garganta. Y yo le he creído todo. Y la estoy abrazando.



Cuarto premio

El Sicario

Seudónimo: "Orión"

Autor: Moisés Santana Castro

Un amigo le dijo dónde y exactamente cómo llegar. Aunque mencionó claramente el lugar, Carlos tenía esperanzas de que fuera la trastienda de alguna taberna de juegos ilegales o algo así. Imaginaba que harían pasar a algún cuarto secreto que seguramente estaría medio oscuro, se encendería una luz tenue de repente y una voz grave y resonante le haría preguntas cortas como “¿Quién es el sujeto?” o “¿Dónde puedo encontrar el objetivo?”, y entonces pediría una suma que él no podría pagar y le haría amenazas y todo eso. A fin de cuentas, su amigo había dicho que el tipo era un experto asesino.

La zona donde hallaría a Dionisio, como se le conocía, era un mercado de esos donde se puede comprar toda clase de objetos, desde ropa usada hasta electrodomésticos “casi nuevos”, pasando por frutas, pinturas, artesanías, flores, drogas, armas, juguetes, especias...

Carlos anduvo dos cuadras desde la calle central, como había dicho su amigo; luego dobló a la derecha y entonces

entró en un callejón que lo llevó al mismo centro del mercado, la parte oscura del mercado, “la que seguramente solo visitaban ciertos clientes como yo”, pensó tratando de consolarse. Pero al llegar al sitio indicado, vio lo mismo que afuera: frutas, pinturas, artesanía... y no había nadie con cara de sospechas, ni nada de eso, como habría esperado.

A la izquierda había dos puestos de frutas; a la derecha, un fabricante de tambores y unos turistas fotografiaban a un chico que tocaba uno de los instrumentos; al fondo, contrastando con todo lo demás, un carnicero daba fuertes golpes con el hacha sobre un hueso de algo.

Entonces se preguntó dónde estaba la taberna, las personas con mirada suspicaz, el suspenso... ¿realmente hallaría allí a un asesino a sueldo? Era un experto, le había dicho Luis, su amigo. ¿O se había burlado de él? Bueno, este era el lugar, a menos que hubiera tomado el camino equivocado; realmente el mercado era inmenso y podía haberse perdido. Pero si no, este era el lugar y debería preguntar. Discretamente, claro. Se acercó a la carnicería y le dijo al que seguía cortando las carnes con fuerza:

-¿Conoce a Dionisio?

-¿Qué?, le preguntó a su vez en voz alta.

- Dionisio... repitió con más discreción que antes. A fin de cuentas buscaba un asesino.

-Ah... ¿el de las flores? Sí, sí. Es ahí atrás, el muchacho de la cosa verde...

Carlos miró a donde le indicaba el carnicero, y vio que “la cosa verde” era un suéter sin mangas, medio roído y sucio, pero aun no le veía el rostro al sujeto.

-Dionisio! –voceó el carnicero, y Carlos se puso tenso por la indiscreción. En ese momento se sintió observado por todos. Tal vez murmuraban: ” Ese tipo busca a Dionisio el sicario... ”, mientras lo fotografiaban con la mirada.

-No, no... me imagino que no es él a quien busco –dijo Carlos.

-Bueno, contestó, mientras volvía a tomar el hacha para seguir su trabajo, ese es el único Dionisio que hay aquí.

El otro ya se había acercado y decía, dirigiéndose al carnicero:

Dime Vicente...

-Este hombre te busca –contestó el de las carnes.

Ahora Dionisio se dirigió a Carlos:

-Dígame, ¿quiere flores?

Era bajo y delgado, de tez morena muy quemada por el sol del mercado y ojos vivaces de vendedor.

-¿Es usted Dionisio? —preguntó Carlos, imaginando que notó su expresión de sorpresa; o de decepción, tal vez.

-Sí, contestó él, y todavía sin borrar la sonrisa de idiota. Ah, me imagino que no me busca para comprar flores...

Este Dionisio era como de 25 años, aunque parecía de 18. Carlos hubiese dado media vuelta y se habría retirado en ese momento, de no haber sido porque Dionisio se dirigió a su puesto de flores y él se descubrió siguiéndole casi instintivamente.

-Venga conmigo —le dijo.

El supuesto sicario se sentó en un banco de madera y le ofreció otro frente a él a Carlos.

-Ahora —dijo—, háblame de lo que interesa y déme los detalles que le sea posible, ¿señor...?

Había allí el olor desagradable de los mercados, con la agravante de que estaba mezclado con el olor de las flores. Carlos quiso ignorar la pregunta acerca de su nombre y le dijo:

-Un amigo me habló... de usted, supongo, y me dijo que...

bueno, busco a quien pueda hacerme un trabajo, Dionisio –bajó la voz todo lo que pudo, un asesino. Pero...

Estaba rebuscando la forma de decirle que no creía que él fuera tal cosa y, en todo caso, que fuera lo suficientemente “confiable”.

-Ha hallado a la persona adecuada –le interrumpió Dionisio, con la formalidad inesperada. Solo déme los detalles necesarios.

Y se los dio, sin saber por qué. Carlos le dio el nombre y la dirección de su víctima. Así como las razones por las que deseaba eliminarlo.

-Bien, señor –le dijo el vendedor de flores cuando terminó, lo haré de la forma más discreta que pueda imaginar y usted quedará totalmente limpio. Ahora, si me permite hablarle de la tarifa de pago...

Dionisio ya había tomado lápiz y papel, anotó algo en una tarjeta en blanco y se la dio a Carlos. “20,000”, decía la nota.

Esto era una broma, Carlos ahora estaba seguro de ello. El joven seguía con una sonrisa leve, muy gentil, como de “el cliente siempre tiene la razón”. Ahora Carlos se preguntaba por qué le había contado todo aquello. Pensó que había debía haberse retirado desde que vio el porte de este tipo,

de vendedor de mercado de baja categoría y no de profesional del asesinato, como le había dicho el estúpido de Luis.

Pero ya le había soltado todo. Solo le quedaba seguirle el juego, que de seguro no era más que eso- y retirarse de allí lo antes posible.

-Lo pago todo al final, supongo... casi le reclamó, más por seguirle el juego que como una pregunta.

-No tengo problemas -dijo él, sonriente todavía. Yo me mantendré cerca de usted cuando haya hecho el trabajo. Ahora, señor, compre flores.

Carlos estaba tratando de asimilar lo que quiso decir con “me mantendré cerca...”

-¿Perdón...? -le preguntó.

-Que compre flores, para disimular. Recuerde que no estamos tratando un negocio como cualquier otro.

Carlos no consideraba que estuviesen “tratando un negocio”. Como dijo él casi con orgullo. De todos modos lo dio por cierto y recibió las flores que le pasaba, medio marchitas y de un olor desagradable.

Entonces, por fin, logró salir del basurero que ese mercado

esa, sin decir nada más al tal Dionisio. Prefirió creer todo como una broma de mal gusto, tratándose de la seriedad del asunto: Carlos buscaba una persona que se encargara de eliminar a un tipo con el que había tenido problemas de negocios. Y el estúpido de Luis, que le había recomendado ir hasta allí y hablar de sus intenciones con un vendedor de flores con muchísima gente cerca... se la pagaría.

Carlos llegó a su casa y llamó a Luis para reclamarle por su desfachatez, como había estado pensando. Pero no logró hablarle, pues este estaba haciendo un viaje de negocios, según dijo quien tomó la llamada.

—Cuando él llegue, dijó de mal humor a la persona al teléfono, dígale que es un idiota, y que Carlos le llamó para decírselo.

Colgó, se dio una ducha y se echó en la cama. Debía seguir buscando cómo deshacerse de ese sujeto y el tal Dionisio no era precisamente la mejor opción. “Por lo menos no pretendió burlarse de mí pidiéndome un adelanto. —Pensó en voz alta; eso sería ridículo’.

Pensando así, se durmió.

Despertó al otro día con un sonido extraño de fondo; como unas campanillas, o algo así. Por la claridad que llenaba el lujoso apartamento, supuso que sería una hora avanzada de la mañana. Quizás las nueve o diez. Al mismo tiempo, descubrió que ese sonido extraño no era más que el teléfono. Lo tomó.

-¡Carlos!, le gritó la horrible voz de su socio, el estúpido de Frank. ¿Dónde has estado? ¡Tengo todo el día llamándote! Oh, ¿supiste la noticia? A tu amigo Quiroz lo hallaron muerto en el baño de su piojoso apartamento, ¿entiendes? ¡El idiota está muerto!

Carlos no dijo ni una palabra. Solo se quedó allí parado, con el teléfono en la mano y la boca abierta en una expresión patética.

...según dicen —seguía diciendo Frank, fue suicidio; supongo que le remordía la conciencia por trámoso...

Carlos colgó y se quedó en la misma forma que hasta entonces. “Las apariencias engañan”. Pensó recordando la zarrapastrosa apariencia de Dionisio y su miserable puesto de flores.

Entonces se le interrumpió el pensamiento por el sonido del timbre, y le pareció que tenía toda una eternidad sonando. Caminó hasta la puerta y abrió sin mirar quién tocaba, cosa que hacía siempre.

“Hola, Carlos...”, escuchó decir, y dio un brinco de espanto al ver la insignificante figura de quien le saludaba, y que ahora cruza la puerta de forma insolente y se sienta en el sofá del vestíbulo, sosteniendo un horrible ramo de flores blancas y amarillas.

-¡Qué! ¡Cómo llegó a mi casa!, casi vociferó Carlos, haciendo

do evidente su nerviosismo, su alteración y su irritación. Se movía de un lado a otro y traspasaba a Dionisio con una mirada de susto y de ira.

-Imagino -continuó el sicario de las flores -que no se habrá sorprendido de verdad al verme aquí, Carlos, le guiñó un ojo y luego, susurrado-: le dije que me mantendría cerca después de... no importa. El caso es que...

-En serio lo hizo! -Le interrumpió Carlos, como si acabara de darse cuenta-. Es decir... pensé que...

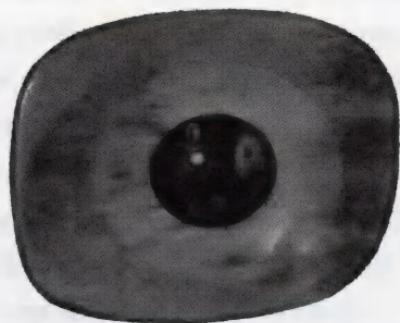
De nuevo se quedó mirando a Dionisio con ojos de idiota.

-Sí, señor -Dionisio sonrió. Pero no se preocupe, usted no tendrá problemas. Todo indica que fue un limpio e inesperado suicidio. Le dije que era un experto, ¿no?

Carlos dijo "Ahá" en voz baja y todavía con rostro pálido.

-Ahora -siguió Dionisio, que ya solo era un asesino a sueldo y no un florístero, señor, le traje flores para que las lleve a su difunto amigo. -Se detuvo a oler las amarillas. Y concluyó, con mirada fría: le cuestan veinte mil pesos...

Menciones de Honor



Primera Mención

Ocaso de una risa rota

Seudónimo: "Dora la exploradora"

Autor: Carlos Sosa Ovalles

*Quieres que olvide que llené mis manos
con tus frutos maternales
y que calme mis hambres y mis sedes justo allí
que fui descendiendo de picada
como águila ciega hasta las aguas
y otro poema mis manos despiertas recitarán por ti.*

A la izquierda a la derecha a la derecha otra vez detente
toma la llave es la habitación dos uno seis entre es aquí. Y
lo recuerdo todo con la claridad del día porque yo tenía uso
de razón, tu ni te acuerdas bien, yo cómo diablos lo olvido
todo fue tan rápido, yo me reía del susto, tú no estabas
asustado porque estabas ebrio, pero yo sí aunque me
gustabas y a ti ni pena te dio quitarle la ropa a una beba de
trece y medio, qué carajo te importaba solo querías el
impulso animal de descargar pasiones con selvático frenesí
yo lo permití es claro que ahí empezó mi calvario o no sé
si mi vida rosa, porque nosotras decidimos nuestras vidas a
raíz de un acontecimiento inesperado, así me hiciste mujer

recuerdas, qué vas tú a recordar, ombe, después quisiste volver a joderme, pero yo ya tenía un precio recuerdo como ahora que Nando me dijo que me daba un empleo en el bar pero tenía que hablar con un licenciado Solano en el oficialato civil para sacarme un acta en la que yo no fuera menor de edad y a mi tía Nona hasta le gustó la idea, total, cómo no le iba a gustar si así se desentendía de mí y hacía su propia vida sin que yo estorbara, después me quité del liceo, porque la misma directora me sugirió que me anotara de noche presenta tus cursos libres, me dijo, que inteligencia no te falta cédula falsa en mano, Nando me abrió la puerta y me instruyó respecto a todo así llega la tumultuosa transformación de mi vida rosa el bar, la fiesta, los paseos, el karaoke y el motelito Villa Luz, que por barato y discreto era el predilecto de los muchachos que se peleaban por sacarme recuerdo yo ya no era la carita de luna pelirrubia amasadita, porque una se hincha a los quince dizque por la revolución hormonal, pero ahora tenía yo el trasero de JL y la boca de Angelina Jolie, me decía Ivansito Hazoury, cuando me llevaba al Lido algunos martes para esos días lo reconozco en el barrio tenía poca competencia sin jactancia alguna, pero eso no me quita el sueño y cada día más me gustaba el ambiente del bar quizás por eso no me levantaba una buena partida.

Tenía yo siete años recuerdo y ahora me da risa porque Nona que yo le digo mamá, pero que es mi tía, cuando mi verdadera madre se largó con un carajo para Puerto Rico, mi tía Nona fue la que me crío y a lo que iba es que tía

Nona me ponía a bailar delante de la gente a dar golpes de cintura para que vieran lo audaz que yo era en eso de bailada y me hacía blusitas sobre el ombligo para que yo me luciera y sí que lo lograba porque los carajitos de la vecindad se amontonaban y los grandes también a verme bailar música americana, merengue, lambada y sopa de caracol que estaba de moda para esos días fue cuando gané el concurso de baile en la tarima Brugal de las fiestas patronales de Valle Nuevo; esa misma noche me dieron mi primera cerveza para mí solita de los cien pesos que me gané, más la bulla y los aplausos que me hicieron famosa por dos horas, dormí en una cama voladora con náuseas y mareos y desperté bañada en vómitos muy tarde al otro día, porque oí las risas de mi tía Nona y el amigo suyo al lado de mi cuartito, a ti jamás te volví a ver, cuando te dije de broma que el período se me había interrumpido por dos veces y fue mejor para que no hubieras intentado impedirme trabajar en la barrita de Nando, en vez de ingresar a la universidad, porque aquí me ganaría yo la vida haciendo lo que me gustaba, jugarme la suerte con la debilidad de los que se creen los fuertes, luego el bar se llenaba desde las 4:00 p.m. cuando abríamos yo en escena entre el mostrador y las mesitas típicas moviendo las caderas con un chorsito de yin serpeando coqueta para que pidieran más rones y más cervezas, más música, perico ripiado y bachata de las de moda hasta que el bolsillo o la cabeza les aguantara, yo jovial y risueña exhibiendo el nacimiento de mi senos tentadores cuando me inclinaba a servirle el trago arranca propinas como dice Mechi y así en un vuelve después que

mas muy rápido, que quiero conocerte, que los martes estoy libre, que tengo la regla, que patatín que patatán, así aseguraste la venta a Nando, una se viste de lo mejor para ser halagada y las que se fijan en una son las demás chicas porque a ellos solo le interesamos desnudas, así llegaron al bar hombres de toda calaña y oficios que a fin de cuenta lo que buscaban era llevarnos a la cama y yo los entendía a todos, los escuchaba con religiosa atención, los entendía, les curaba las penas de los amores frustrados, las nostalgias de sus pasados, los cansancios del fatigoso día, las soledades por las esposas lejanas en vida eterna o aburridas del mismo sexo en décadas y sus hambres de ser escuchadas así llegaron todos extraviados irremediables por desvaríos, traiciones y abandonos repentinos y los machotes fornidos que se hacen llamar chulos y nos protegían a cambio de gratuidades y favores y los mozalbete lampiños que mentían diciendo que solamente fueron a verme, así que les atendí siempre al corriente de lo que Nando nos decía, lo que importa es vender y eso yo me lo sabía de memoria vaso de cliente tomado, vaso lleno de inmediato mirándolo a los ojos, cerveza que se calienta, cerveza sustituida y así fue como Nando terminó anexando un kiosco español hermosísimo para con otras chicas jóvenes atraer a más clientes de toda clase.

Marcos llegaría después a mi vida un diciembre sombrío y apagado lúgubre como velada de muerto sin la caravana de estrellas acostumbrada en novilunio una navidad que la gente no quiso celebrar por la crisis del ciclón Cindy solo

los Hazoury, los Batlle y algún otro decoraron arbolitos de navidad, Marcos venía de Canadá ese diciembre y le dieron ganas me contó después de volverse a ir por lo triste de la gente, ese fin de año y lo gris del panorama llegó con el zumbido del vuelo en la cabeza y el rojo del frío en las sienes con los labios más hermosos que jamás había visto y una viril vellosoidad en los brazos de actor de cine después supe que muchas de las chicas bien y amuñecadas deliraban por él, fue al barcito un sábado con Ivansito Hazoury y se tomó dos cervezas recuerdo yo como ahora y yo lo atendí haciéndome la indiferente no solo esa vez sino por los dos meses que decidió quedarse lo hizo según él porque tendría que hacerme su esposa a como diera de lugar, me contó después lo demás es historia de celebridad e intensidades que se me cruzan y me bloquean la mente como ahora no sé si sueño o pienso si evoco o deliro quizás alguna olida o bebida de más estoy en un lugar extraño que parece caro donde tampoco sé si es de noche o de día hay luces que simulan el día y creo que alguien está conmigo arcoiris teñido de lodosas sombras un viejete setentón abogado o maestro o fantasma que no alcanzas a descifrar, parece eso un cliente mayor con un libro o una pizza o qué sé yo mientras intento en vano no vagar en mis cavilaciones soltándome dejándose ir a ese pasado borroso reciente el bueno y el peor cuando Marcos Estrada me preocupaba para llevarme a los ríos de Jarabacoa o a una playa bonita del Norte y hacíamos el amor por las tardes entre el romerillo, las piragüitas y el graminel tendidos sobre una toalla inmensa y dormimos para volver al agua a media noche y amanecer en cualquier lugar y ya sabía yo que una pasión

inmensa se esfuma como brisa pero le creí el cuento de que volvería por mí en cuanto pudiera por eso me quedé con los mil dólares que me regaló entre comillas antes de volverse al Canadá vendrías de allá abandonarías Canadá decías a buscarme, a mudarme en la mansión de los Estrada entre besos y lágrimas me lo juraste por las cenizas de tu madre y me diste una tarjetita azul con mm business y un teléfono de once números que nadie jamás contestó au revoir, Marcos Estrada te lloré con el alma destrozada cuando me dijo Nicol que tú eras casado con dos hijos y flirteabas con Melissa la hermana de Ivansito Hozoury, Nicol la dizque amiga la llevaítrae lo sabía de siempre y no me dijo nada la muy maldita, siempre habladora míralo todo con la volubilidad de un pájaro nocturno la perdoné quizás no quiso parecer la celosa, jamás me dieron tantas ganas de desahogarme con vino olidas y fiesta de eso qué sabes tú mamá le escribí un día muerta de rabia y tristeza, parírme abandonarme como tapa de refresco en el zafacón mamá y ahora yo aquí hecha un asco tétrico perdida en este laberinto de miserias humanas insopportables, mordida de un dolor de noches interminables y sueños ausentes oscuro el porvenir si estuvieras aquí mamá para mirarme, para lloarte lágrimas ocultas de veintidós años que no sé si han sido reales como mi infancia, como el bar y la música estriidente su humo sempiterno real qué diablos es real como Marcos, como el sexo sin orgasmo, con clientes atormentados, real como tú, como los mil dólares que terminé usando para irme a Brasil con la familia Suárez como empleada doméstica, eres real mamá, te pregunto.

Sigo sin saber qué hora es ni dónde estoy, ni si este señor querrá sexo con lo mal que me siento, pero por el silencio parece que estoy soñando, yo no sueño, yo hipocondríaca ex santa echada al infierno de la demencia repentina sub-normal, migaja de hebra animal, cataléptico espíritu de algún cuerpo en el sepulcro el día que inicié en el barcito de Nando me reservaron un cuartucho maltrecho imposible de habitar no más que para dormir, un mes después lo estrené con Nando para que me aumentara el sueldo, luego supe que así le daba la bienvenida a todas las chicas que empleó después también me llevaría a un cliente buen ofrecedor que quiso salir con Nicol y conmigo a la vez e hizo que nos besáramos y otras cosas para pagarnos el doble volvió varias veces pero jamás salí con él, siempre le dije que menstruaba, un día de Henessy y Heineken me dijo que yo era un espécimen extraño que en vez de menstruar yo semanalizaba no lo entendí en el momento pero todavía me río desde que Nicol me lo explicó porque eso sí siempre parto de premonitorias coronadas que recibo de la esfinge del Divino Niño que me regaló el padre Dumas y que pende de mi cadena a él le atribuyo decenas de milagros y protecciones porque una cosa si es cierta desde Dios nos dividen entre buenos y malos, cuerdos y locos, ángeles y demonios, santos y pecadores, entonces yo me he amparado en el Divino Niño porque él no sabe dividir y en el bar como en la vida se paga con el bolsillo o con la cabeza por eso Horacio el de la viuda perdió un dineral en el barcito dizque super enamorado de mí con un arsenal de

estupidos presentes bombardeo infeliz del que no tiene el mejor de los recursos las palabras bien usadas yo solo sonreía.

Hace tres veranos cuando llegamos al Brasil, me interné en las afueras de Río de Janeiro entre Itaipú y Mariacá en el café Saudade, un exquisito bar elitista donde me refugí huyendo a las faenas domésticas de la familia Suárez pronosticó medio hablé portugués y todo iba viento en popa, hasta la fatídica noche del quinto día del carnaval de Río en que se nos confinó obligadas a abandonar el país acusadas de ejercer la prostitución ilegal, antes de irnos adrede le cambié la cartera a una compañera de oficio con todos sus documentos por eso terminé deportada, en Caracas mejor lugar no podría encontrar y allí estaba yo libre otra vez, sin lágrimas tontas, ni bobadas extremas ruda e hipócritamente tierna y sutil, cuando había que jugársela dando todo menos el corazón, incapaz de encariñarme con nadie, fría como la nieve polar actriz de la ficción más lacerante, lista para conquistar el mundo sirviendo a obreros y estudiantes universitarios, socorriendo a párvulos y dejando emerger de vez en vez soterradas inclinaciones lésbicas en pueriles retozos que terminaban en voluptuosos sobredosificados de viagra y ginseng oyendo filosofar a los pseudo eruditos de la política endiosando a Chávez y a Fidel para soportar aburrida sus precocidades e incapacidades fálicas ¡uy! que la vida ahora no sé si lo soñé o lo viví tumulto imborrable de mi vida en Caracas ruidos, noches, luces, trasnoches, manos a veces paz, jadeos, coca, jamás besos o

raramente, escaleras, llaves, fiesta, jacuzzi, espejos, carmínes, esmaltes, acrílicas, el celular, el taxi, el novio de mentiritas, el cheque falso sobre el cerrado, el cigarrillo, Caracas, Maracaibo, yates, mariscos, San Cristóbal, Barquisimeto, rosas, Maracay, Maiquetía, vino, apartamento, ascensor, risa, ojeras disimuladas, Hennessy, risas, tangas, inhalar, oler, tomar, ceder, desnudar, huir, meditar, llorar, pensar, maldecir designios de severidad y patetismo cuadro nublado, borrado, proyecciones insatisfechas, suciedad, cansancio, cámara, luces, acción, oler, inhalar, reír, tomar, cama, risa, sexo, cama, lágrimas, kamasutra, *bañoricodelas-sieteyquince* con espumas de más cóñchale vale, sigo sin saber dónde sigo ahora en esta hora terrible que no sé por qué se me ocurre proyectar el filme de mis veinticuatro, mi historia y me cuesta pensar que puede hacerme daño ahora indispuesta a merced de todo ebria o drogada, soñando o muriendo en un hotel o en un extraño apartamento, el viejo raro me mira mientras susurra cosas que no oigo o no entiendo, por Dios alcanzo a ver una mujer, creo conocerla, me brotan florecitas dolorosas de las uñas, de los dedos, de las manos se pasea ahora un ratón, por mis piernas hasta mi sexo el anciano no es malo lo sé, no me mira con fuegos, presiento cosas que el corazón no adivina reservadas para la gente de otras virtudes menos mundanales el anciano abre un libro y me sonríe la mujer llora y la conozco, es mamá el eco vuelve la seda transparente, mi cuerpo en un haz de luz destellante y cruzo un río con pececitos blancos y azules en la rivera a la izquierda a la derecha toma la llave es en la habitación dos, uno, seis, entren cúbranla,

doctor por favor se lo ruego cambie los datos del informe clínico, diga por Dios, que fue de cáncer, en el barrio, eso es lo que hemos dicho.

La negritud de la noche cubre el mundo con sus misterios, manto de solemne silencio arriba en la ciudad parpadean las luces, como luciérnagas lejanas mientras la brisa se detiene como una risa rota.

Segunda Mención

El desafío

Seudónimo: René

Autor: Félix Jerónimo Beltré

Si mal no recuerdo, la revolución estalló el 24 de abril de 1965. El día 25 los constitucionalistas tomaron el Palacio Nacional y ese mismo día comenzaron los bombardeos de los oficialistas sobre el palacio y sobre todo el sur de la ciudad de Santo Domingo, especialmente Gascue, Ciudad Nueva y la Zona Colonial, y con menos intensidad en San Carlos, San Lázaro, San Miguel.

Recuerdo que esa noche, la del 25, los señores prefirieron cenar arriba, en el comedor principal. Apenas acabada la cena, la familia permaneció en el comedor durante más tiempo que lo acostumbrado y además con las luces encendidas, como solamente hacían en los momentos de celebración. Cierto es que nunca antes habíamos escuchado el sonido de un avión de guerra; quizás por eso yo estaba más aterrada con la idea del bombardeo. En la larga sobremesa, el señor discurrió acerca de que no creía que hubiera comenzado ninguna revolución. No sé de dónde habrían sacado semejante idea, pero creo que ya por entonces ellos

estaban convencidos de que los oficialistas podrían reducir a los constitucionalistas en poco más que unas horas.

-¡Revolución! ¡Revolución!, comentó el señor en tono irónico. Esos malcriados se cagarán de miedo cuando las tropas leales del gobierno tomen la ciudad.

Me sentí aliviada cuando la señora me ordenó buscar en el sótano el último tarro de café que nos quedaba. Bajar al sótano suponía un poco menos de tiempo del peligro de las bombas. Cogí la lámpara y obedecí presurosa. Antes de bajar, le eché una ojeada a la familia. El señor encendía un cigarro, el jovencito Luis jugaba con su sobrinita, Lisa se había tendido perezosamente en el diván desde donde observaba con cierta satisfacción a su hijita gateando y a su hermano menor persiguiéndola, mientras su madre acomodaba diligentemente el juego de tazas de café sobre la mesa. Cerré la puerta y descendí al sótano.

Mientras me demoraba en la búsqueda del tarro de café, sentí a lo lejos el zumbido de los aviones. “Pronto bajará la familia a refugiarse”, pensé con cierta satisfacción. Abandoné la tarea y me acomodé en una silla. Nuevamente escuché el sonido de los aviones, esta vez en forma de un grito prolongado y agudo. Minutos después, era ya un sonido penetrante. Me revolví en mi asiento, inquieta. “¿Por qué demoran en bajar?”, me pregunté. Oí silbidos y el tronar de las bombas. Ni siquiera sentía pasos en la escalera que conduce a la puerta del sótano. Hubiera queri-

do ir a buscarlos, pero tenía miedo. Además, ellos sabían bien lo que hacían. Bajarían de un momento a otro, de un momento a otro...

Un espantoso estruendo resonó en mis oídos. La casa se estremeció hasta sus cimientos. Tarros y frascos se tambalearon en sus estantes, y rodaron luego con estrépito. Me puse de pie, temblando.

Esperé ver derrumbarse el sótano sobre mi cabeza; eso por suerte no ocurrió. Unos momentos más, durante los cuales el rugir de los aviones que se alejaban se confundió con el ruido de escombros cayendo y rodando en los pisos superiores.

Luego sobrevino el silencio.

Un silencio opresivo. Ningún paso, ninguna voz. Oí gritos que provenían de la calle, adoptando la forma de rumores. La gente salía a constatar los daños. Se oían lejanas llamadas y clamores. Pero de las habitaciones de la casa no venía ningún sonido, ni siquiera un quejido. Yo seguía temblando. Al fin, decidiéndome, cogí la lámpara con la que había bajado al sótano y subí las escaleras. Abrí la puerta lentamente, me aterraba lo que podía llegar a ver, y me enfrenté con el tramo de escaleras que conduce a la cocina. Nadie. Subí a la cocina, no mostraba mayores daños que los que había sufrido el sótano. Aquí y allá había ollas y platos rotos diseminados en desorden. Los cristales habían salta-

do, pero las paredes estaban intactas. Salí al pasillo y comencé a subir las escaleras que conducen al comedor principal, donde un rato antes había dejado a la familia. A medio camino me detuve. La gran puerta de roble que daba al comedor estaba cerrada y rasgada de arriba abajo, y por la estrecha hendidura entre dos hojas se filtraba un polvillo siniestro. La bomba, sin duda, había caído allí dentro. El silencio continuaba dominando la casa.

-Jovencito Luis –llamé.

Nadie contestó. Sin saber lo que hacía, comencé a descender a fin de examinar los daños que la bomba debía haber causado en el comedor de diario, justo bajo el comedor principal. Había llegado al último escalón cuando se abrió la puerta del cuarto del jovencito Luis y apareció él. Casi grité de alivio. Tenía un aire macilento. Era alguien por completo distinto al muchacho que momentos antes jugaba con su sobrinita bajo las luces del comedor. Pero salvo algo en su rostro que me parecieron manchas de sangre mal lavadas, no pareció haber sufrido lesiones.

- ¿Y los otros?, murmuré.

No contestó. Parecía evitar mi mirada. Hizo un ademán como si pretendiese volver a subir al comedor en ruinas. Luego, sin mirarme ni contestarme, me dio la espalda y volvió a su cuarto. Quedé sorprendida; imaginé que la impresión que había sufrido debió haberle afectado mucho.

Además, nunca se sabe, los señores siempre tienen sus excentricidades y caprichos. Observé que los cuadros del pasillo y las fotos familiares habían saltado de sus clavos y yacían esparcidos por el suelo. Maquinalmente, comencé a levantarlos, uno a uno, para apilarlos en un rincón.

La casa continuaba en silencio. Pensé que solo el jovencito Luis se había salvado, lo que justificaría su ademán en dirección al comedor donde seguramente se hallaría el resto de la familia, destrozada por la bomba. Pensé en la niña. Si aún viviese, la oiría llorar. Solía asustarse mucho de los ruidos fuertes, hasta el de la música que a veces provenía de la calle. Entonces, me atreví a abrir la puerta del cuarto de la señora.

Apenas lo hube hecho, y antes de que pudiese entrar, apareció en el vano. Parecía ligeramente más pequeña que antes. Era, más exactamente, como si parte de ella hubiese desaparecido y se hallara comprimida dentro de su propio cuerpo. Como el del jovencito Luis, su rostro presentaba rasgos sangrientos. No me miró directamente, sino, eso creí, a los cuadros apilados en el rincón.

-¿Y la niña? —prorrumpí sin trámites, viendo que ella estaba bien.

Por un momento, pensé que repetiría la actitud lejana de su hijo, pero ella, haciendo un esfuerzo, me dijo en un hilo de voz.

-Ha sufrido algunas heridas, algunas heridas... No entres en el cuarto.

-Está bien, señora. ¿Quiere que llame al doctor?

No me miraba. Negó con la cabeza, volvió al cuarto y cerró la puerta detrás de sí.

“Entonces no será tanto el daño”, recuerdo que pensé en ese momento. Volví a la cocina. Pensé en el señor y en la señorita Lisa. Nada sabía de ellos. ¿Estarían heridos? Muertos, seguramente no. Supongo que la señora me lo habría comunicado. A lo mejor estarían en el cuarto de la señora o en el de la señorita, pendientes de la niña. Ya irían al cuarto de la señorita Lisa para investigar. Por el momento tenía bastante. Comencé a poner la cocina en orden.

Han pasado varias horas. Amanece en Santo Domingo. Oigo a veces los aviones a lo lejos, explosiones y tiros de fusil por todas partes. Oigo agruparse personas en la calle. Frente a nuestra casa, oigo un ruido de martilleo en la puerta que da a la calle. Me pica la curiosidad, pero por el momento no puedo salir a ver. A decir verdad, se ha hecho difícil salir de la casa. Sería necesario atravesar el comedor de diario, lo he visto, es una masa de escombros, o saltar desde las ventanas del comedor principal. Ambas cosas son impracticables. Otra salida sería por la puerta de la cocina que da al fondo de la casa, trepar el muro y pasar a la casa de los Jiménez. Habrá que esperar que el jovencito Luis y

el señor se hallen lo suficientemente recuperados para poder despejar el comedor de diario. Por el momento, todos deben de estar durmiendo porque el silencio es absoluto.

Si no me equivoco, están apuntalando el frente de la casa. Claro, con tanto silencio, seguramente creen que nadie ha quedado vivo aquí dentro. Imagino que la situación general de esta parte de la ciudad es desastrosa y además supongo que nadie se detiene a controlar minuciosamente si alguien ha sobrevivido al derrumbe que sigue a la caída de una bomba.

Por suerte, tenemos víveres para unos días. Me he propuesto preparar el desayuno y lo he puesto en una bandeja. Tenía pensado hacer un recorrido por las habitaciones y terminar de enterarme de lo sucedido. Me dirigí con la bandeja hacia el salón de fumar, donde el señor acostumbraba a tomar su desayuno. Lo encontré sentado en su sillón habitual, la pipa en la mano, aunque apagada. Tenía muy mal aspecto, pero no observé ninguna herida. Permaneció inmóvil, la vista perdida, en tanto me acercaba con la bandeja. Cuando la deposité en la mesita a su lado comenzó el lento bamboleo de su cabeza. Derecha... izquierda... derecha... sonreía. Mejor dicho, una mueca descubría sus bien conservados dientes. El resto de su cara permanecía rígido. Durante un instante, los ojos giraron en sus órbitas y fijaron en mí una mirada fría. Luego, prosiguió el bamboleo y la mirada perdida.

Yo estaba tan aterrada que difícilmente podría ahora describir mi estado de ánimo. El comportamiento del señor me pareció demencial. No me atreví a preguntarle si deseaba tomar el desayuno. Cogí la bandeja y abandoné el salón, temblando al pensar que a mis espaldas dejaba a un patrón enloquecido, y preguntándome si era posible que en algún momento me atacara.

Cerré la puerta y me dirigí al cuarto de la señorita Lisa. Deseaba con toda el alma que por lo menos ella actuase con normalidad. Golpeé a su puerta. Nadie me contestó. Volví a llamar. Después de una pausa, me decidí a entrar. El cuarto se hallaba vacío. La cama sin deshacer. Diversos objetos, su perfume, su libro de pastas rojas, un cenicero, habían sido arrojados al suelo por el impacto y allí continuaban.

“La señorita ha muerto”, me dije. ¿Pero dónde estaba su cuerpo? ¿En el comedor principal en ruinas? El corazón me latía con fuerza. “¡Lisa muerta!”. Luego se me ocurrió que podía haber pasado la noche en el cuarto de su madre para que esta le ayudara con la herida. Aliviada por ese pensamiento me dirigí al cuarto de la señora. Llamé suavemente. La señora apareció, la misma apariencia, las mismas ropas de la noche anterior. Le mostré la bandeja pero no me pareció darse cuenta de nada. Le pregunté por la niña.

-Está mal, muy mal... repitió monótonamente, el rostro inexpresivo y la mirada fija, como la noche anterior, en la pila de cuadros rotos.

De no ser por la bandeja que yo llevaba, habría supuesto que el tiempo no había transcurrido en absoluto. La voz seguía repitiendo la misma letanía y su tono se elevaba gradualmente, hasta que se convirtió en un chillido. Sus ojos se agrandaban enormemente, pero seguían fijos en el rincón de los cuadros. Entonces, se interrumpió y se quedó inmóvil.

-Señora, titubeé asustada por su aspecto, déjeme entrar, voy a llevar a su nietecita al médico.

No contestó ni hizo ningún movimiento. Me decidí. ¿Acaso podía dejar una niña moribunda en manos de unos abuelos desquiciados por la tragedia? Pasé por detrás de la señora y penetré en el cuarto. La señorita Lisa estaba de espaldas a mí. Como todos sus familiares, mostraba manchas de sangre, sobre todo en las piernas, y un aspecto endeble, como el que está a punto de derrumbarse. Giró el cuello para mirarme cuando me oyó entrar. Luego, se apartó de la camita de la niña con paso incierto y ví a la pequeña. Esperaba un espectáculo horrible, pero si bien su aspecto se veía demacrado, no observé nada en particular, excepto el surco rojo que rodeaba su cuello. Le hablé dulcemente, pero no me miraba. Parecía atontada.

Me volví y vi que la señorita Lisa abandonaba el cuarto. Cada parte de sus piernas formaba un ángulo tan extraño en las articulaciones que parecía increíble que caminase. Su madre seguía en la puerta, exactamente en la misma posi-

ción, pero ahora mirando hacia el interior del cuarto. Dejé la bandeja sobre la mesa y abandoné la habitación.

Han pasado cuatro días y la situación no ha cambiado. Apenas duermo, llena de angustia. No he vuelto a ver a la niña, nadie ha ido a buscar un médico. Ignoro su estado. Tampoco he vuelto a ver a la señorita, aunque a veces, por algunas señales en su cuarto, un libro que ha cambiado de lugar, un peine en distinta situación, adivino su presencia, si bien la cama sigue sin deshacer y los objetos caídos siguen en el mismo lugar. He estado tan ocupada arreglando la cocina y los pasillos que no he tenido tiempo para ordenar su cuarto. Por suerte, ella no ha protestado.

Cada día llevo una nueva bandeja al cuarto de la señora. No me devuelve las que ya he entregado ni me deja entrar para recogerlas, de modo que me preocupa lo que haré cuando ya no me queden más bandejas. Espero que para entonces esta situación haya cambiado. Tiene que haber cambiado.

He visto al jovencito Luis dos o tres veces. Siempre al pie de la escalera que conduce al comedor principal, al cual no me he atrevido a entrar. Sería peligroso, el suelo está completamente resquebrajado y con un gran agujero semitapado por escombros, por lo que puede verse desde el comedor de diario. El jovencito no habla, apenas se mueve cuando oye que me acerco y repite cada vez el mismo ademán de la noche del bombardeo. Pero nadie ha entrado todavía en ese comedor; la puerta sigue intocada.

No he vuelto al salón de fumar. Que el señor me perdone

si es que alcanza a darse cuenta de la situación. Una o dos veces lo vi, con su cabeceo y su insana mirada, vagando por los pasillos. No nos hemos dirigido la palabra; parece que no me hace caso. Solo la señora, al abrir la puerta para recibir la bandeja del desayuno, me dirige unas palabras, siempre la misma frase monocorde:

-Está mal, es lo que me dice, muy mal.

Parece como si en su mente se hubiese fijado esa única idea. Coge la bandeja y sin mirarme vuelve a entrar en su cuarto. Y así hasta el día siguiente. Porque no estoy sirviendo otra comida, el desayuno es muy abundante y los víveres escasean.

Luego vuelvo a la cocina y trato de arreglar las cosas y limpiar como siempre lo he hecho, en los veinte años que llevo trabajando en esta casa. Pero cada día me siento más oprimida por su tétrico ambiente, el perpetuo silencio, el alterado comportamiento de la familia. Y últimamente también por una idea que mi mente no alcanza a esbozar por completo, pero que ha comenzado a formarse persistentemente...

Hoy, el sexto día después del bombardeo, ha sido una jornada de horror. No porque hayan caído más bombas. Los tiroteos, sobre todo por la noche, ya se me hacen cotidianos y familiares y se han intensificado desde que he oído en la calle que unos soldados americanos vinieron a ayudar

a los oficialistas contra los constitucionalistas. El horror de hoy se debe a lo que sucedió en la casa hace unas horas. Todo comenzó cuando descubrí que se me habían terminado las bandejas. Decidí tener un comportamiento más energético. Debía sacar a la niña y llevarla a un lugar donde la atendiesen, si era posible. Y tomé la determinación de abandonar la casa. Prefería que me mataran de un tiro en la calle a sufrir esta lenta agonía en una casa sombría y silenciosa. Por todo ello me dirigí decididamente al cuarto de la señora. Sin asombro vi repetirse la misma escena de siempre, la señora que se para en el vano... esta vez hice lo del primer día, abrí un poco más la puerta y penetré en el cuarto. La niña estaba en la misma posición acostada boca arriba en su camita, con un aspecto aún más enfermo y macilento y el mismo surco rojo en torno a su pequeño cuello. Me volví hacia la señora y le dije:

-Señora, voy a poner a la niña en su cochecito y llevarla al médico.

Ella se había dado la vuelta como la otra vez y no decía nada, inmóvil, pero me pareció ver cierto descontento en su rostro. Vacilé. ¿Sería fácil encontrar un médico de una guerra civil? En ese momento, un olor a alimentos descompuestos me hizo girar la cabeza. Sobre la mesa, en el suelo y hasta en la cama de la señora, las cinco bandejas continuaban tal cual las había entregado. La leche se descomponía. Agitándose; las moscas rondaban las conservas, sin esperar un segundo, saque el cochecito del armario y se lo armé de

inmediato. La niña seguía inmóvil, silenciosa. La abuela miraba cada vez con aire más disconforme. No hice caso. Me acerqué a la niña y tomé su cuerpecito en mis brazos.

-Con cuidado. Con cuidado —murmuró la señora.

Su tono áspero, casi salvaje, me asustó. Pero terminé de depositar a la niña en el cochecito y comencé a empujarlo con precaución hacia la puerta. Entonces sucedió eso. Las ruedas del cochecito chocaron con algún obstáculo, apenas un tropiezo insignificante, y por ese impacto casi imperceptible la cabeza de la niña se separó del cuerpo siguiendo el curioso surco rojo del cuello y rodó por el suelo ante mis ojos espantados.

-¡Ves, ves lo que hiciste! —gruñó la señora.

Mientras yo miraba petrificada, se acercó al cochecito y tomó el cuerpo descabezado. Se arrodilló y lo colocó junto a la cabecita inerte de la pequeña como si pretendiera unirlo nuevamente. Una mancha roja de sangre comenzó a formarse bajo el cuerpecito tendido. La cabeza pareció tomar posesión de nuevo del cuerpo, excepto por la aparición del surco a la altura del cuello. ¡Y la niña abrió los ojos!

Permanecí ahí todavía unos instantes. Luego, desolada, huí al pasillo. La idea que rondaba mi mente en los últimos días comenzaba a definirse. Tenía que saber, tenía que saberlo y una fuerza me impulsaba a correr escaleras arriba, hacia el

comedor destruido por la bomba. Me arrimé a la gran puerta de roble y comencé a empujar. Los escombros la estarían trabando, pues se abría hacia el salón. Alcancé a percibir un penetrante olor, de carne pudriéndose. Me ahogaba. Empujé con desesperación y la puerta cedió.

Ante mis ojos se presentó el desvastado comedor. La bomba había caído en el centro, abriendo un inmenso boquete por donde se divisa el humeante cielo de Santo Domingo. La mesa había casi desaparecido. El resto del salón estaba prácticamente en pie, aunque una mezcla informe de escombros invariablemente grises y de diversos objetos semidestruidos cubría lo que quedaba de suelo y trepaba hacia los muebles que habían conservado cierta integridad. Entonces vi lo que había hecho la bomba.

Sobre el diván yacía el cadáver de la señorita Lisa, en la misma posición en la que la había visto por última vez, la noche aciaga. Un enorme trozo de mampostería se había desplomado sobre la parte inferior de su cuerpo, causándole la muerte. Su cuerpo, como el de los demás, estaba salpicado de sangre hace mucho tiempo ya seca.

El jovencito Luis yacía deformado sobre el suelo, aplastado por los escombros. A su lado la niña era un bullo informe y descabezado. En un rincón del salón, posiblemente arrojada allí por la fuerza del impacto, el cuerpo de la señora, hecho una masa sanguinolenta, se derramaba sobre el aparador entre trozos de cubiertos. En el otro extremo, en

el sillón de respaldo guarnecido de cuero, el señor tenía todavía su cigarrillo apagado en la mano. Su cabeza colgaba, el cuello estaba roto, y tenía los ojos desorbitados. Un enorme enjambre de moscas rondaba por encima de los cadáveres, de los cuales se elevaba un olor espantoso. Hacía seis días que se estaban pudriendo en el comedor donde los sorprendió la catástrofe. Comprendí más y más lo que había sucedido. ¿Por qué temer a una revolución que consideramos ficticia o al bombardeo de los oficialistas con los cuales simpatizamos?

Me habían enviado al sótano porque yo no era de la familia, nunca lo sería y no podía participar del desafío de la familia. Ellos se quedaron, las luces encendidas, el padre fumando. Dudo que los otros tres se dieran cuenta del juego al que el señor y la señora los estaban sometiendo aquella noche. Quizás entonces la señorita hubiera dejado de lado su habitual inercia y habría intentando salvar a tiempo al menos a su hermanito y a su pequeña hija. Supongo que una muerte en forma de bomba es rápida.

Mientras pensaba en estas cosas, comprendía. Había vivido seis días en una casa poblada de espectros que no recordaban su propia muerte. Un terror agónico comenzó a nublar mi mente. Huir... huir... pero, ¿cómo? Era necesario bajar y abajo estaban ellos. Vacilando entre las sombras, casi sin memoria, repitiendo gestos maquinales. La madre todavía contemplando a su niña, la señora parada en el vano de la puerta, el señor vagando por los pasillos con la cabeza

bamboleante, el jovencito Luis obsesionado por el fantasma salón.

Di media vuelta y bajé las escaleras como una sonámbula. Pasé por el pasillo sin problema. La puerta del cuarto de la señorita Lisa estaba cerrada, pero oí dentro, por primera vez en esos días, el llanto convulso de la niña. Me detuve en seco, vacilante, luego proseguí. No había nadie en la cocina. Abrí la puerta de atrás y salí por el patio trasero. La escalera, pronto, antes de que ellos apareciesen... la encontré y la apoyé contra el muro lindero. Puse un pie sobre el peldaño. En ese momento alguien me tiró la falda del vestido. Una llamada de terror recorrió mi cuerpo, inmovilizándolo por un largo instante. Miré hacia atrás y vi al señor sujetándome por los pliegos de la falda, sus ojos entonces dos pozos llenos de vacía locura.

-¡Déjeme, déjeme! -supliqué a gritos.

Él insistía, la misma mueca en su rostro, la mano que me retenía se curvaba como una garra. Alcé el otro pie y lo apoyé sobre el segundo peldaño, tratando desesperadamente de librarme. No lo lograba, la escalera empezaba una lenta caída hacia la izquierda... de pronto, nada.

La presión había desaparecido, la escalera se mantenía quieta. Miré atrás otra vez. Nadie. Se oyeron algunos disparos en la calle, no muy cerca. Incrédula, miré hacia la casa. Tras el quebrado del vidrio de la ventana de la coc-

na divisé la carita de la niña. Agitaba su manita y me llamaba. Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía dejarla abandonada entre las ruinas, pobre niñita? Entonces vi también las moscas, enormes, trepaban por su carita y ella, sin sacudírselas, seguía mirándome, llamándome.

Subí por la escalera rápidamente y salté al otro lado del muro. Corré hacia la casa contigua. El señor Jiménez, nuestro vecino, estaba reparando burdamente la puerta del jardín. Me miró con sorpresa. Por un momento surgió una idea horrible en mi mente. ¿Era también él un espectro? Pero no, no. Su vitalidad era tan evidente que me sorprendió no haber comprendido antes que los otros eran los muertos.

-¡Cómo!, exclamó no sin cierta alegría, ¡Doña Julia!, creíamos que todos en esa casa habían muerto la noche del bombardeo.

La señora Jiménez había aparecido desde la cocina.

-Julia! —me dijo-. ¡Qué aspecto tiene usted! Parece que hubiera visto fantasmas. Venga, hemos conseguido provisiones en el mercado.

Me invitaba con un gesto tan cálido que me puse a llorar.

-Julia... ¿qué le pasa, doñita?

Pero no lo preguntó muy convencida. Mis lágrimas debieron parecerle algo natural. Porque todos teníamos algún motivo para llorar en aquellos días.

Tercera Mención

Esmeraldas

Seudónimo: Delia Ure

Autora: Pastora Hernández

Estaba limpiando las esmeraldas con mucho cuidado. De repente me detuve, fascinada por el vivo resplandor de las montañitas de piedras. Una preciosidad, me dije, casi hipnotizada por la densa luz atrapada en los cristales. Como si tuviesen vida, una vida remota e impenetrable. Si pasara un año mirándolas... ¿Cuánto tiempo habrá materializado en ellas? Bueno, estaba agradecida de ejecutar esa tarea, realizada usualmente por el jefe. Las esmeraldas son fáciles de robar... Y limpiarlas es una labor de cuidado. Pasaba las palmas de mis manos sobre el fulgurante agrupamiento... Al tacto, sentía cada una como si estuvieran indefensas en su encuadre hermosísimo y tuviesen que protegerse mutuamente.

Eran bellísimas, las esmeraldas, fáciles de robar... Alguna vez tendría una piedra fulgurando en mi dedo anular o, mejor aún, colocada en ese breve cuenco, limítrofe entre el cuello y el pecho? El horóscopo dice que es mi piedra de suerte... La pulía... fáciles de robar... y una preciosidad... Después que terminara de sacarles brillo, de seguro que el jefe las pesaría.

Me hallaba cubriendo una licencia de mi amiga Rosa Luz. Me parecía extraño que ella no me advirtiera de la fascinación que ejercen las montañitas de esmeraldas; no una, sino el agrupamiento, como si al arrimarse unas a otras cobraran vida y me ligaran a ellas. Por igual, debió ponerme al tanto de la personalidad del jefe. Llevaba allí solo una semana, y ya me imponía tareas de alta responsabilidad, como pulir, yo solita, las piedras a cuyo color se asocia la esperanza madura...; como, por ejemplo, la esperanza de poseer una esmeralda en el breve cuenco del cuello.

El jefe me envía a hacer entregas de piedras preciosas a lugares cercanos... Primero, pequeños paquetes, piedras no muy importantes. Luego que ha compartido dos veces su almuerzo conmigo y se ha permitido formularme un par de preguntas, los paquetes para entrega crecen en valor. Ha de ser buen sicólogo. Ya sabe que soy incapaz de robarme un peso, estando hambrienta, para comprar un pan... Y creo saber el por qué me utiliza de correo. ¿Quién va a suponer que en mi cartera llevo un paquete cuyo monto podría ascender a cincuenta o cien mil dólares? La humildad me sobra: a mi pesar, tengo ojos de pordiosera, aunque para este trabajo vista mis blusas de cuellos con encajes... Hoy mismo, mientras esperaba para cruzar la calle, un vendedor ambulante me llamó: "¡Ey!, ¿desea un poco de maní azucarado?" Tomé el maní sin decir una palabra y empecé a comerlo con desgano. Debo ser muy buen correo, con ojos de limosnera y sólida honradez. ¿Alguna vez el universo me devolvería mi noble conducta en forma

de una esmeralda? Desde el primer día empecé a soñar con ellas, especialmente una piedra con forma octagonal, deslumbrante. Yo la colocaba sobre mi mesa mientras almorcaba. No pensaba en la comida, sino en la piedra a la que no le quitaba la vista. Cuando me bañaba, la ponía encima del lavamanos. Para dormir, debajo de la almohada. Una esmeralda mascota aparecía obstinadamente en mis sueños.

A la semana de empezar, el jefe salió al extranjero y me sorprendió dejándome a cargo de la oficina. La cuestión era que además de hacer el trabajo corriente me encargaría de hacer los contactos con los vendedores de piedras y a la vez lo mantendría a él informado a través de faxes. El hombre parecía un alma de Dios. De haber sido empleada fija, le hubiera hecho una cartita cortés pidiéndole aumento de sueldo. Otra ventaja aquí era la flexibilidad del horario, de vez en cuando, hasta podía leer y avanzar mis tareas de la universidad. Poseía un buen ajuar. Muchas blusas con cuellos y suéteres, muy apropiados para la estación.

Empecé a experimentar con el gel que usaba mi hija para el pelo y me salía un peinado muy moderno. En fin en aquellos días me sentía de lo más bien, sobre todo cuando me daban más importancia de la cuenta, como el día en que un hindú, luego de tocar el timbre y de yo observarlo por la pantalla antes de decidirme a dejarlo entrar, parado a varios metros del escritorio, me propusiera:

- Tengo perlas y diamantes pequeños; podemos hacer buen negocio. Guardé un momento de silencio, luego le dije:

- Deme su tarjeta para guardársela a mi jefe, quizás él lo llame.

Cuando el jefe regresó, mudamos la oficina a un lugar más amplio, en el piso 17 del mismo edificio. Él cargaba, arreglaba, quitaba polvo... lo mismo que yo. Frente a mi escritorio colocó una alfombra muy bonita y en la pared, a Cristo cruzando el abierto Mar Rojo.

En mi último día de trabajo quise dejarle todo bien ordenado a Rosa Luz. Los papeles fáciles de encontrar... Al momento de recibir mi salario, mister Peter me encomendó un último encargo. Me hizo entrega de dos bolsitas de piedras, más pesadas que las anteriores. El lugar donde debía llevarlas estaba cerca de la estación del tren. La "señora" se llama Petra, eso fue lo que dijo el jefe, que entregara ese paquetito a Petra. Nunca había hecho entrega a mujeres. Pensé que se trataba de una amiga de mister Peter, y que las piedras no eran de muchos quilates, dada la cantidad... Así que guardé el paquetito en mi cartera y me dispuse a cumplir el encargo. Avanzaba con lentitud, evitando resbalar en la nieve convertida en hielo. En el camino, decidí entrar a una tienda a comprar unos accesorios que necesitaba para mi cámara. Tardé en encontrar lo que buscaba, porque no es fácil conseguir la mejor calidad al mejor precio posible. Al retomar el proyecto hacia donde "Petra" cavilaba en lo aparentemente fácil que sería hurtar una esmeralda; entonces recordé que una vez, cuando era pequeña, estuve tentada por un flan de piña en la

nevera de mi tía. Hundí un dedo para probarlo y la nevera me dio un corrientazo. Mi impresión fue mayor cuando comprobé que la nevera estaba desconectada. Recordé también a mi madre que prefería “un hijo muerto antes que un ladrón”.

Cuando toqué la puerta en la dirección indicada por el jefe, un joven me abrió. Le pregunto por Petra; antes de responderme, el muchacho me hizo pasar a un saloncito. Lo noté excitado. Eso me hizo sospechar. Insistía en que le diera las piedras, y yo volvía a preguntar por Petra... Las piedras estaban bien guardadas en mi cartera. Nunca las había entregado a segundos. Como vio que no se las cedía, me franqueó el paso hacia el salón grande. Allí había un grupo de hombres, al parecer celebraban una reunión. Pregunté por Petra. Me miraron en silencio por algunos segundos. El hombre que estaba sentado frente al escritorio, a todas luces presidía la reunión, respondió colérico en una lengua que no era el inglés, mientras me hacía señas, indicándome que le entregara el paquetito. Volví a preguntar: Who is Petra? Entonces uno me reconoció. Tuvimos una breve conversación en español. Me había visto antes en la oficina de mi jefe. Dijo que era novelista y traductor de esos señores. Me la lucí, le dije que sabía algunas lenguas: español, italiano, francés e inglés.

Todo esto sucedió muy rápido y no venía al caso. Viendo que no soltaba mi cartera, me dijo que podía entregar las piedras al hombre que habló primero. Así lo hice, pero me quedé parada hasta cerciorarme de que las pesaran.

Mientras otro las pesaba, el del escritorio llamaba a mister Peter, diciéndole que había recibido las piedras. Después me pasó el teléfono. Entonces me enteré de la razón del nerviosismo. Estos hombres habían estado esperándome, todo el tiempo que me tomé en la tienda de accesorios para cámaras. También mi jefe había estado aguardando la llamada confirmatoria.

Cuando salí del lugar, me detuve a mirar la entrada. Encima de la puerta en letras grandes leí: Petra International.

Anexos



Biografía de los Autores

Primer Premio: Moisés Muñiz

- Nace en Santo Domingo, 1969.
- Publicista. Ha laborado en publicitarias de Santo Domingo como director creativo.
- Desde 1995 reside en Sosúa donde es miembro del grupo “Los Jueves Literarios”, con quienes comparte la pasión por la literatura.
- Novelista, cuentista y poeta.
- Mención en el 1er Concurso de Cuentos de Béisbol de la Secretaría de Cultura, 2008.
- 2da. Mención, XVI Concurso de Cuentos Radio Santa María.
- Poema “A su memoria” publicado en la antología “A viva Bosch” de la Secretaría de Cultura, Feria del Libro 2010.
- Cuentos publicados en “Antología de Escritores de Sosúa”.

Segundo Premio: Ramón Gil

- Nace en Santiago, 1969.
- Cuentista y poeta
- Miembro fundador de los Jueves Literarios de Sosúa.
- Escribe en la página www.escritoresdesantiago.blogspot.com

- 3ra. Mención renglón poesía del concurso Eugenio Deschamps, 2006. Biblioteca Alianza Cibaeña de Santiago.
- 3ra. Mención renglón cuento del concurso Juan Bosch, FUNGLODE, 2007.
- 2do. lugar en XV Concurso de Cuentos Radio Santa María.
- Reconocimiento como “Joven Intelectual 2008” por el taller Literario Virgilio Díaz Grullón, UASD-CURSA.
- Finalista del concurso de novela infantil, Editora SM, 2008
- Publicaciones: “Cuentos terrenales” y “Desidia” (2008), “Los cazadores de nubes”(2009).

Tercer Premio: Danilo Rodríguez

- Nace en Juncalito, Santiago, 1982.
- Egresado de UTESA como profesor de Matemáticas.
- Miembro del Teatro Caramaná y del Proyecto Literario Letra Alterna, Moca.
- Miembro fundador del Círculo de Baba (La Vega), 2004.
- Obras inéditas en teatro, poesía y audiovisuales.
- 2do. lugar en el Concurso Nacional de Cuentos Juan Bosch, FUNGLODE, 2008.
- Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía Don Pedro Mir, FUNGLODE, 2008.
- 3er. Lugar en el Concurso de Cuentos de Radio Santa María, 2009.
- 2da. Mención de Honor, Concurso de Cuentos de Casa de Teatro, 2009.
- Tres menciones de honor en el Segundo Concurso de Cuentos sobre Béisbol, Secretaría de Cultura.

Cuarto Premio: Moisés Santana Castro

- Nace en Guerra, Santo Domingo, 9 de junio de 1984. Estudios de psicología clínica en la UASD (en proceso de tesis) y locutor de profesión.
- Se interesa por la literatura desde los 12 años.
- Participa del Taller Literario Franklin Mieses Burgos desde el 2008.
- Ha participado con cuentos propios en concursos literarios del país y del extranjero.
- Primer lugar de cuento (categoría universitaria) en el Certamen Nacional de Talleristas, 2009.

Primera Mención: Carlos Sosa Ovalles

- Nace en Tenares en 1969.
- Profesor, comunicador, narrador, poeta y promotor cultural.
- Estudios de Pedagogía en Educación Básica en ENLNN, Licey, Santiago y de Filosofía y Letras en UASD/CURNE.
- Premiado en concursos del Ateneo Minerva Mirabal, UNCE, UASD y Radio Santa María.
- Publicaciones: “Mis cuentos premiados”, “Siempre amanece”, “Ritos oscuros”, “De amor y lluvia” (Ferilibro La Vega, 2009) y “Cuentos a Tenares”.
- Participación en varios textos de antologías.
- Colabora en Revista La Prensa y el Periódico Pluma Libre.
- Integrante del círculo de autores “Abrazo” de Hermanas Mirabal.

Segunda Mención: Félix Gerónimo Beltré

- Nace en 1976.
- A los catorce años, un poema suyo gana el 2do. lugar en el Concurso Literario de la Gobernación de San Cristóbal.
- Premio literario en el Concurso Nacional Infantil y Juvenil de Literatura de la Secretaría de Educación y Cultura (1991)
- Mención en el Concurso de Ateneo de Azua (1992)
- Mención en IV Concurso de Cuentos Radio Santa María.
- Mención en VI Concurso de Cuentos, Radio Santa María.
- Premio Internacional de Cuento, Casa de Teatro (2010).
- Publicación: novela corta “Desnudos en la Lincoln” (2004).
- Su novela “El reino de la justicia” y otros siete cuentos en el portal www.yoescribo.com

Tercera Mención: Pastora Hernández

- Nace en Jarabacoa.
- Estudia Ciencias Sociales y practica la investigación.
- Publicaciones: dos libros de poesía: “Vuelta al silencio reflexivo” (1997) y “Descosiendo el alba” (2005).
- Cuentos publicados en la revista “Xinesquema” (Santo Domingo) y periódico Unidad Hispana (Nueva York).
- Editora de “La nube que nació en el mar”, cuentos de orientación ecológica.
- Ha publicado con dos amigas “Desde la diáspora”, cuentos y poemas de niños y niñas dominicanos.
- Poemas recogidos en varias antologías, la más reciente: “La otra Penélope”.
- Su poema “Testamento” ha sido publicado en la revista Confluencia, Universidad de Northern Colorado.
- Ha escrito tres libros inéditos de poesía, cuentos y literatura juvenil.

Acta Unica

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al Décimoséptimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 13 de marzo de 2010, en las instalaciones de esa institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

GANADORES

Primer Premio

Título: "Caso No. 144"
Seudónimo: Aícrag Zeuqrám
Autor: Moisés Muñiz

Segundo Premio

Título: "Impulsos"
Seudónimo: Platero
Autor: Ramón Gil

Tercer Premio

Título: "Mary"
Seudónimo: El perro andaluz
Autor: Danilo Rodríguez

Cuarto Premio

Título: "El sicario"
Seudónimo: Orión
Autor: Moisés Santana Castro

GANADORES DE MENCIONES

Primera Mención

Título: "Ocaso de una risa rota"
Seudónimo: Dora la Exploradora
Autor: Carlos Sosa Ovalles

Segunda Mención

Título: "El Desafío"
Seudónimo: René
Autor: Félix Gerónimo Beltré

Tercera Mención

Título: "Esmeraldas"
Seudónimo: Delia Ureña
Autor: Pastora Hernández

Redactada y firmada por los jurados de este concurso, en La Vega, hoy 13 de marzo de 2010.

Lic. Emelda Ramos

Lic. Luis Beiro

Lic. Carlos Fernández-Rocha

Palabras de agradecimiento

A los miembros del jurado, al público presente y a todos mis colegas, buenas noches.

En nombre de todos los escritores que participamos en este Décimoséptimo Concurso de Cuentos, le doy las gracias a Radio Santa María por creer en el talento de los escritores dominicanos. Gracias a E. León Jimenes por el apoyo incondicional durante tantos años al arte en general.

Cuando Tata me llamó para informarme de que había sido uno de los ganadores en este concurso, no lo creí. Y realmente tenía razones para no hacerlo. En mi grupo “Jueves Literario”, que se reúne todos los días del mismo nombre en uno de los mágicos rincones del pueblo de Sosúa, nos jugamos bromas pesadas. Como sabíamos de memoria el código de área que pertenece a La Vega, es decir, el 573, uno de los compañeros de letras había amenazado con viajar hasta esta ciudad para desde aquí hacer una llamada telefónica a cualquiera de los otros e informar malévolamente que había sido el ganador oficial. Pueden entonces imaginarse el nivel de desasosiego e impaciencia que abarcaba nuestros frágiles corazones. Tata podría considerarse dichosa de no haber sufrido un despecho, o mejor dicho un

agravio literario por mi parte, ya que cuando se comunicó conmigo para decirme que había sido uno de los ganadores (porque gracias a la maquinada discreción de los organizadores no sabía hasta el día de hoy que había ganado el PRIMER LUGAR), atribuí dicha llamada a la mofa de uno de mis compañeros.

Estuve a punto de decirle a Tata, bueno... Pero a medida que escuchaba sus dulces palabras, mi alma incrédula y cínica se fue ablandando y entonces reconocí, poco a poco, cómo se desvela el sol al amanecer, la feliz realidad. Había ganado. Cuando cerré el auricular, tal y como le había anticipado a Tata, me tiré al piso, di cinco vueltas de break dance, gesticulé un silencioso YES!, porque estaba en mi oficina y no quería causar revuelo, me dio náuseas y finalmente terminé en el baño. Enseguida llamé a mi amada esposa; ella reaccionó de igual forma y me dijo que me amaba (tengo que seguir ganando premios); después le informé a mi padre. Con respecto a mis colegas, decidí dejar la noticia para nuestra reunión de esa tarde en nuestro programa de televisión, uno de los pocos, si no el único programa de literatura pura en el país que los invito a ver en YouTube con el nombre de "Palabras al viento". Pero está bueno de payola. Luego me enteraría de que a Ramón Gil, otro de mis compañeros, lo habían llamado también. La voz angelical de Tata había llenado su vacío y desesperado corazón. Ni él me creyó a mí, ni yo le creí a él. En realidad, los de mi grupo ya no sabíamos ni qué creer. Pero el punto de esta narración es que todavía hasta hoy, cada uno de nosotros desconfiaba de la información administrada con relación a las llamadas y los susodichos

premios. Todavía en el vehículo, cuando veníamos para acá, el silencio, el escepticismo y las sospechas reinaban en el ambiente y el tema del Concurso de Cuentos de Radio Santa María no se tocó para nada, como si fuera un tema prohibido, una conversación vedada. Incluso, noté cierto recelo y preocupación de cómo se pagarían las cuentas de la cena después de la premiación. A medida que nos acercábamos a este local la tensión e intriga eran cada vez mayores, desconfiábamos unos de otros, no nos soportábamos. La esperanza oculta en cada uno de nosotros, la confusa intuición de que todo aquel teatro era una farsa, esa anhelada posibilidad de que cualquiera podía ser premiado martillaba nuestra conciencia y enajenaba nuestros sentidos. Cuando atravesamos la puerta de la entrada a este salón no nos volvimos a dirigir la palabra. Éramos oficialmente casi enemigos literarios.

Mientras leo esto no puedo dejar de regocijarme con la cara de górgolas asombradas de mis compañeros, que finalmente se han dado cuenta de que la llamada de Tata no resultó ser una de nuestras bromas.

Muchas gracias.

Moisés Muñiz

Jueves 6 de mayo de 2010



GRUPO LEÓN JIMÉNEZ
Por una mejor nación.

